

ría algo en su ausencia? Al volver, ¿le encontraría como le dejaba?... Una y otra vez le recomendó que no se moviera de su lecho, que no cayese en la mala tentación de levantarse y salir al ventanal, que no hiciese ruido y permaneciera quietecito, leyendo las entregas descabaladas, que ella había traído, de *La Italia Roja, Historia de las Revoluciones*, por el Vizconde de Arlincourt, obra que, aun leída en sueltos rezos, debía de ser de mucho entretenimiento... Mutuas ternezas. "Adiós, adiós,... "Que vengas prontito,... "Volaré.,

IV

Una sola persona (sin contar el viejo Anstúrez y los dueños de la casa, calle de Rodas) poseía, por confianza de Lucila, el delicado secreto de aquel escondite en altos desvanes: era una monja exclausturada con quien la linda moza tenía amistad, contraída superficialmente en el Monasterio de Jesús, reanudada con honda cordialidad fuera de la vida religiosa. En ésta se llamó Sor María de los Remedios; su nombre de pila era Domiciana, y había vuelto al mundo de una manera un tanto irregular, por enferma de locura, que se estimaba incurable. El delirio que padeció consistía en la idea fija de ahorcarse, en otras manías inocentes, pero incompatibles con la vida de contemplación,

en el furor de gritar y de ofender cruelmente á personas eclesiásticas muy respetables, todo lo cual determinó el designio de devolverla sin violencia ni escándalo á su padre y hermanos para que la cuidasen, y corrigieran sus desvaríos por el método doméstico, con paciencia, cariño y honestas distracciones.

Volvió, pues, Domiciana á su casa y al amparo de su familia, que era de origen extremeño, establecida en Madrid, calle de Toledo, desde tiempo inmemorial, con el negocio de cerería; y no bien tomó tierra en el hogar paterno, acomodóse lindamente al vivir secular, echando, como si dijéramos, un nuevo carácter. Ansiaba morar con los suyos, ver gente, ocuparse en menesteres gratos, lucidos, y de eficacia inmediata para la vida. Pasado algún tiempo, no se mordía la lengua para decir que su temprana inclinación religiosa no había sido más que una testarudez infantil, nacida del odio á su madrastra, y fomentada por un sacerdote de cortas luces, amigo de la casa. Cayó la venda de sus ojos algo tarde, cuando ya su irreflexiva determinación no tenía remedio, y del despecho, más aún de las ganas recónditas de libertad, le sobrevino aquel destempe nervioso con ráfagas cerebrales, que se manifestaba en la necesidad irresistible de correr por los claustros, en imitar con destemplada voz los pregones callejeros, y á veces en liarse al pescuezo una cuerda con lazo corredizo. Esto ponía la consternación y el espanto

en sus tímidas compañeras, pues aunque nunca tiraba del lazo lo bastante para estrangularse, hacía lo hasta ponerse roja como un pimiento y echar fuera un buen pedazo de lengua.

Lograda al fin la libertad en la forma que se ha dicho, en todo tuvo suerte Domiciana, pues como por ensalmo se le curaron aquellas neuróticas desazones, y entró en su casa en circunstancias felicísimas. La madrastra que motivó su reclusión religiosa se había muerto, y casado en cuartas nupcias el honrado cerero D. Gabino Paredes, había enviudado por cuarta vez. No había, pues, mujer en la casa, y Domiciana podía campar con todo el imperio que apetecía, así en la familia como en el establecimiento. Antes de seguir, conviene dar noticia del patriarcalismo matrimonial de aquel D. Gabino, varón inapreciable para rehacer una comarca despoblada por la emigración. De su primer matrimonio, que sólo duró tres años, tuvo dos hijas, que el 50 vivían: la una era monja en Guadalajara, la otra casó con un cerero de la misma ciudad. De la segunda mujer nacieron siete hijos, de los cuales vivían sólo Domiciana y dos hermanos que se habían ido á América. El tercer matrimonio dió de sí ocho vástagos, en seis partos, y el cuarto cinco. De estas trece criaturas sólo vivían en 1850 tres varones, dos de los cuales habían seguido la carrera eclesiástica y desempeñaba cada cual un curato en pueblo de la Mancha: el Benjamín, llamado Ezequiel,

trabajaba en la cerería al lado de su padre, y era un bendito, todo mansedumbre y docilidad. Había llevado al censo el buen Don Gabino cuatro mujeres y veintidós hijos legítimos... El censo de los naturales lo formaban las malas lenguas del barrio.

Si afortunada fué Domiciana al encontrarse, en su regreso al mundo, sin madrastra y con la menor cantidad posible de hermanos, no fué menos dichoso el cerero al recobrar á una hija que pronto reveló su extraordinaria utilidad. Pasados los primeros días, Domiciana se reconoció continuadora de su historia personal anterior á la vida del convento. Había sido ésta como un paréntesis, como un sueño, del cual despertaba con cierto quebranto del alma, pero sintiéndose poseedora de cualidades que no eran menos positivas por haber dormido tanto tiempo. No tardó en revelar su carácter mandón y autoritario: lo estrenó desbaratando un nuevo plan casamentero de su padre, que aún se sentía, con senil ilusión, llamado á enriquecer el censo. Andando días desplegó en el gobierno de aquella industria dotes de administradora, y puso puntales á la ruína. Con tantas nupcias, partos y viudeces, con tantísimos bautizos y crianza de criaturas, y principalmente con el desbarajuste de Don Gabino en los últimos años, la cerería no se hallaba en estado muy floreciente. La concurrencia de establecimientos similares, la falta de tacto y agudeza para retener á la feligresía tradicional, y el desmayo crecien-

te de la fe religiosa, obra del tiempo y de la política, habían traído desorden, atrasos, dispersión de parroquianos, deudas. A todo esto quiso Domiciana poner remedio con firme voluntad, practicando el axioma de "principio quieren las cosas,,.

En esta empresa de reparación, la ex-monja no habría encontrado el éxito si no empleara como instrumento de autoridad un genio áspero, y fórmulas verbales de maestro de escuela. Su padre, que al principio protestaba y gruñía, se fué sometiendo con un espíritu de transacción parecido al miedo; Ezequiel y el dependiente Tomás obedecían silenciosos, y al fin, entrando grandes y chicos por el aro, todos comprendían lo saludable de aquel método de gobierno. Subía de punto el mérito de Domiciana haciendo estas cosas con apariencias de no hacer nada. Diez ó doce meses habían transcurrido desde su evasión, y vivía confinada en el entre-suelo, sin bajar á la tienda y taller. Los parroquianos y los amigos de casa, clérigos en su mayor parte, que solían armar su tertulia las más de las tardes á la vera del mostrador ó en la trastienda, rara vez la veían, y ella no se cuidaba de que formaran idea ventajosa de su regeneración mental; antes bien le convenía que la opinión dijera y repitiera por todo el barrio: "Sigue tocada la pobre... aunque tranquila y sin molestar á nadie,,. Obra lenta del tiempo fué la corrección de este juicio; al año y medio ya era público y notorio que Domiciana gozaba de excelente salud.

Observándola en la intimidad, fácilmente se descubriría en la hija del cerero la mujer de iniciativa, de personalidad propia en su organismo intelectual y ético. Lejos de poner toda su atención en la industria cerera, se lanzaba con ardor á nueva granjería, partiendo de aficiones y conocimientos experimentales adquiridos en el claustro. Procedía en esto por imperiosa moción de su voluntad, y además por cálculo egoísta. Más de una vez había pensado que á la muerte de D. Gabino (la cual por ley de Naturaleza no podía estar lejana), la parte de cerería que á cada uno de los hijos tocase no habría de sacarles de pobres. Y como ella anhelaba libertad y no quería vivir á expensas de sus hermanos, procuraba labrarse con afanes de hormiga un peculio propio, que le asegurase vejez holgada, independiente. Ved aquí por qué, sin desatender el negocio de su padre, cultivaba en reservado laboratorio sus artes y preparaciones propias. Trasladó la sala al despacho de D. Gabino, éste á un rincón de la tienda, tras una mampara de cristales, y en la sala instaló lo que podríamos llamar herboristería ó droguería, con unos trozos de anaquel que compró en el Rastro, dos hornillas, mesa alta para el filtro y pesos, y otra pequeña, por el estilo de las de los zapateros, destinada á las manipulaciones que exigían largas horas de atención y paciencia. Enorme cantidad de hierbas tintóreas, cosméticas ú oficinales difundían variados aromas en la estancia, ya colgadas

del techo en ramos, ya guardadas en cajoncillos. No digamos que Domiciana cultivaba la Botánica y la Química, sino que era una profesora empírica de arte herbolario y de alquimia doméstica.

Pocas personas veían á la monja en su retiro de alquimista, y la única que en él á todas horas tenía entrada era Cigüela. Amistad y confianza recíproca las unían, á pesar de la diferencia de edades. Se conocieron en *Jesús* durante tres penosos días, que fueron los últimos de Domiciana y los primeros de Lucila en el convento, y cuando salió ésta, buscó amparo junto á la exclaustrada, que á su servicio la tuvo dos meses largos. En la triste situación á que había venido la hija de Ansúrez, la que fué su ama y era siempre su amiga le daba consuelos y socorro; pero no lo hacía sin echar por delante expresiones agrias, creyendo que la guapa moza necesitaba corrección moral tanto como auxilios de boca, y que los buenos consejos y las lecciones dolientes para uso de la conducta no serían menos eficaces que el chocolate ó el pan. Entró Lucila en el laboratorio, y fatigada se sentó después de un breve y cordial saludo.

“¿Ya estás aquí otra vez?—le dijo Domiciana, que aunque se alegrara de verla, no dejaba de emplear esta fórmula displicente.—Pues hija, ya podías comprender que no puedo socorrerte tan á menudo... Lo que entra por cera no da más que para el gasto de casa. Muy deslucidas han sido las Ani-

mas este año, y nadie diría que estamos en Noviembre... Pues el Adviento también se nos presenta muy mediano. ¿Qué tenemos ahora? La novena de San Nicolás de Bari, que da poco de sí. La de la Purísima será otra cosa. Ten paciencia, espérate y...”

Incapaz de formular un exordio apropiado á la pretensión que llevaba, Lucila no hacía más que suspirar hondo, metiéndose en la boca las puntas del pañuelo. Y Domiciana, que jugar solía con la ansiedad de las personas que más amaba, enseñándoles el bien que pedían y guardándolo después, dió estos puntazos, con dedo muy duro, en el dolorido corazón de su amiga: “No se te puede favorecer todos los días. Vaya, vaya: tenemos aquí una historia que no se acaba nunca... ¿Pero cuándo se muere ese hombre, ó cuándo lo prenden y se lo llevan á Filipinas, para que descanses tú y descansemos todos?,”

Estas expresiones, dichas con fría crueldad, desbordaron la pena de Lucila, que se deshizo en llanto, arrimando su cabeza á la estantería cercana. Y la otra, cambiando el juego mortificante por el juego compasivo, le dijo, sin abandonar su tarea: “Para, para, hija, que con tanta llorera le metes á una el corazón en un puño. Ya sabes que no te dejaré marchar con las manos vacías. Domiciana tiene siempre para tí las dos, las tres onzas de chocolate, media hogaza y un par de reales de añadidura. No llores más, ojuelos; sosiégate, corazón...”

V

—Aunque usted se enfade, aunque usted me pegue—contestó Lucila sacando las palabras del seno de su intensa amargura,—le digo... Domiciana, le digo que no he venido por la limosna que suele darme, para un día, ó para tres... Ya sé que eso, su buen corazón no me lo niega... Domiciana, no vengo á eso... Pégueme, Domiciana, pero... yo le digo que estoy atribuladísima... Un miedo horrible, un presentimiento... Imposible guardar mucho tiempo más el escondite de Tolomín... Siento los pasos de la maldita policía... los siento aquí, en mi corazón... ¡pum, pum!... ya vienen... y si cogen al pobre Tolomín, yo, Domiciana... yo... Nada; pasará una de estas tres cosas: ó me muero, ó me mato... ó mato á alguien. Créalo usted: soy una leona; pero una leona... Figúrese una madre á la que le quitan su hijo, un niño chiquitín... Pues Tolomé perseguido, condenado á muerte, herido y enfermo, es para mí como una criatura... Hasta me parece que le he dado la vida... Y se la doy, sí: yo me hago cuenta de que se muere todos los días, y que lo resucito con mis cuidados, con mis ternuras, y con este afán grandísimo de que viva y se salve... Domiciana, se lo digo á usted aunque me pegue. Se me ha ocurrido sacar á Tolomé de

Madrid, ponerle en salvo, huyendo con él á Portugal ó á Francia. Vea usted lo que he pensado... es una gran idea... Sí, dígame que sí, Domiciana, y dígame también que me ayudará á salvarle, á salir de este infierno. Vivir como vivimos es peor que la muerte... Usted me ayudará, usted me dará lo que necesito para hacer por ese hombre desgraciado lo que harían una madre y una hija, una hermana y una esposa, porque todo eso junto soy y quiero ser yo para él.

—Válgate Dios por lo enamorada—dijo la ex-monja mirándola con seriedad, en la cual no era difícil sorprender algo de admiración.—Bueno: pues dime ahora cuál es tu plan. ¿Conoces las dificultades de una fuga semejante? Tendréis que salir disfrazados. Y el dinero para esa viajata, que habrá de ser en coche, ¿dónde está? ¿Has creído que yo podré dártelo?

—Sí que podrá... Los gastos no subirán mucho, Domiciana. Le diré mi plan para que se vaya enterando. Lo primero ha de ser comprar un burro... ¿Se ríe? Todo lo tengo muy estudiadito... Un burro necesito, porque nos disfrazaremos de gitanos. La ropa no la tengo; pero sé dónde está y lo que ha de costarme, que es bien poco.

—Realmente, tú no harás mal tipo de gitana; pero él... ¿Es muy guapo?

—Mil veces he dicho á usted que es guapísimo, Domiciana, y nunca se entera.

—¿Pelinegro?

—Sí... Pero los ojos son azules. Tiene tal

hechizo en el mirar—dijo Cigüela con ingenua sinceridad descriptiva,—que no puedo explicar á usted lo que una siente cuando Tomín habla de cosas que llegan al corazón...

—Ya, ya—murmuró Domiciana perdida la mirada en el espacio, en persecución de una imagen ideal, fugitiva.—Ojos azules, color trigueño... como nuestro Señor Jesucristo... Bueno: pues te digo que no hareis Tomín y tú pareja de gitanos, y no resultando el disfraz, corréis peligro de que os sorprendan en el camino y os maten... Conozco la manera de dar á la tez el color agitanado... Para esto se emplea el sándalo rojo, mezclado con vinagre fuerte dos veces destilado, y añadiendo alumbre de roca, molido... Para lo que no hay secreto de alquimia es para trocar en negros los ojos azules... y como saques á tu hombre con ojos azules y vestido de gitano, cáatate descubierta y él preso y pasado por las armas..”

Desconcertada, Lucila miró á su amiga, como pidiéndole que al rebatir y desechar una solución propusiese otra.

“Más seguro será, tontuela, que le disfraces de amolador—prosiguió la exclaustada.—¿No me has dicho que habla francés?”

—Sí: lo hablaba de niño, y aún le queda el acento. Su madre era francesa; se apellidaba Chenier. El dice que por el nombre materno tiene la revolución en la sangre.

—Pues el habla francesa se apareja muy bien con los ojos azules, siempre que el pelo

sea rubio. Aquí tengo yo la lejía para teñir de rubio los cabellos—dijo Domiciana mostrándole un frasco que contenía substancia opaca.—Sé hacerla, y surto á dos señoras morenas que quieren ser rubias. Tomo dos libras de ceniza de sarmientos, media onza de raíz de brionia y otro tanto de azafrán de Indias; le añado una dracma de raíz de lirio, otra de flor de gordolobo, otra de estaquey amarillo; lo cuezo, lo decanto, y ya está. Lavando el pelo de Tomín seis ó siete veces, se lo pondrás rubio como el oro; le afeitas para no tener que pintar la barba y bigote, y con esto y un poco de francés chapurrado, ya le tienes de perfecto amolador. Por poco precio, puedes proporcionarte la piedra de asperón y todo el aparato. Toma tu hombre unas lecciones de ese oficio, y salís por esos pueblos, él amolando y tú tocando el chiflo para pregonar la industria...

—Tomín no puede afilar por causa de la herida en la pierna—dijo Cigüela reflexiva, argumentando en contra, pero sin rechazar en absoluto la tesis amolatoria.—Gracias que se tenga en el burro, y que podamos caminar en jornadas cortas. Yo he de ir á pie, arreando... Además, los afiladores son mal mirados en los pueblos, y si diera la gente en creer que llevamos algunos cuartos, nos haría alguna mala partida... Si él estuviera bueno, y pudiera, de pueblo en pueblo, amolar de verdad, cobrando poco, escaparíamos bien... Desde luego es mejor idea que la de agitanarnos. Pero de seguro habrá un tapa-

dijo más seguro. Búsquelo, invéntelo, usted que discurre tan bien y tiene la cabeza fresca. La mía es un horno, y no saco de ella más que disparates.”

Cambió el rostro de Domiciana, recobrando la orgullosa expresión de confianza en sí misma y de sábelo-todo. “Pues solución verdadera y segura no hay más que una, Lucila— le dijo levantándose,—y vas á saberla... Pero como la cosa es larga y tenemos que hablar mucho, bueno será que te quedes aquí toda la tarde... Ya no tienes que *correr* tras la pitanza, porque asegurada la tienes por mí. En pago de ella y del consejo que voy á darte para tu salvación y la de ese caballero, me ayudarás en mis tareas. Quítate el pañuelo de manta; ponte este delantal, siéntate delante de mí, coge el almirez, y entretente en moler estas dos onzas de almendras amargas, que ya están peladas, y una dosis de alcanfor, que voy á darte bien medida... Has de moler hasta que estén unidas las dos materias y formando una pasta... Yo prepararé un frasco de *Leche de rosa*, que me han encargado para hoy mismo... Trabajemos aquí las dos, y hablemos. Cuenta te tiene oírme, y más cuenta reflexionar en lo que me oigas.”

Hizo Lucila cuanto Domiciana la ordenaba, y calló esperando la solución y consejo, no sin temor y ansiedad grandes, pues siempre que su amiga hablaba en aquella forma, era para proponer actos difíciles, si por un lado saludables, por otro dolorosos. Un rato

estuvo la ex-monja trasteando junto á una credencia de la cual sacó botellas y tazas con diferentes líquidos. Después, sin hablar palabra, por tratarse de una mixtura que reclamaba toda su atención, midió diferentes porciones, ya con cucharillas, ya con cazos; coló el aceite de oliva, le añadió gotas de aceite de tártago, y cuando su labor parecía vencida en su parte más delicada, dijo á su amiga: “Esta es la *Leche de rosa*, que hago con todo escrúpulo y sin omitir gasto, para una señora Marquesa que la emplea como lo mejor que se conoce para la conservación de la tez. Con eso que tú mueles hago el jabón de tocador que llamamos *de lady Derby*, cosa rica, y por tanto un poquito cara. Te daré lección, si quieres; podrás hacer la *Pasta de almendras* para blanquear las manos, y el *Agua de carne de ternero para calmar los picores de la piel*... Con todo esto bien preparado y bien servido á los que saben y pueden pagarlo, se gana dinero, y se combate la ociosidad, que es la madre de todos los vicios...”

Hizo los últimos trasiegos, se lavó las manos, y parándose con los brazos en jarras junto á Lucila, la contempló risueña, y aprobó con monosílabos expresivos su trabajo. La infeliz moza majaba en el almirez con fe y aplicación, acompañando el movimiento de la mano con hociquitos muy monos, sin apartar del fondo del mortero su atención sostenida. “¡Qué bien va eso, Lucila! Cuando lo acabes, te pondré á majar, en distinto

mortero, jibiones, ladrillo rojo y palo de Rodas con otros ingredientes, para tamizarlo y hacer *Polvo de coral*....”

Era Domiciana de mediana estatura, bien dotada de carnes, airosa de cuerpo, desapareible de rostro, descolorida, ojercsa, negros los ojos, la ceja fuerte y casi corrida. Si de media nariz para arriba podría su cara pretender la nota de hermosura, del mismo punto hacia abajo ganaría fácilmente el premio de fealdad por la nariz un tanto aplastada y la conformación morruda de la boca, de labio gordo tirando á belfo. No era fácil designar su edad por lo que de ella se veía: declaraba treinta y ocho años. De la vida elaustral le habían quedado los ademanes y eompostura señorial, en visita ó ante personas extrañas, y el habla fina, correcta, en muchas ocasiones atildada. Quedábale también la costumbre de expresar su pensamiento graduando la sinceridad por dracmas y hasta por escrúpulos, según le convenía. Entre lo adquirido al reaparecer en el mundo, se notaba la asimilación de algunas voces nuevas de reciente uso social y callejero, y el cuidado de la dentadura, buena por sí y mejorada con la *Lejía jabonosa* y los *Polvos de coral*. Era un excelente muestrario de su industria. Continuaba vistiendo modestamente de negro. En visita, nunca se desmintió la monja encogida que por graves motivos de salud había tenido que volver á la casa paterna, y su conversación copiaba el prontuario de todas las muletillas de

respeto para cosas y personas, así humanas como de tejas arriba. Su voz no era garbosa, sino bien timbrada y de variadas inflexiones. Lo más bello de su cuerpo eran brazos y manos.

Pues como se ha dicho, Lucila machacaba en silencio, aguardando la ansiada solución, que la maestra no quería soltar sin preámbulos. Sentóse Domiciana junto á la mesa que parecía de zapatero, frente al sitio que ocupaba Lucila, y se puso á dividir en pequeñas dosis, medidas con una conchita, ciertas cantidades de polvo de rosa, de iris en polvo, de goma molida, y á guardarlas en papelillos doblados á lo boticario. Luego formó dosis más grandes de nitro, de estoraque, de clavillo y canela, midiendo con cáscaras de nuez, y cuando estaba en lo más empeñado de su trajín rompió el silencio con estas palabras, que resultaron solemnes: “Si quieres salir pronto y bien de esa terrible situación, y salvar á tu hombre y salvarte tú, en tu mano está. El camino es corto, Lucila. No hace falta más que un poco de resolución y... Fuera miedo, fuera escrúpulos. Te vas al convento, pides ver á la *Madre*; la *Madre* te recibirá gozosa; te armas de valor, le cuentas tus penas; la *Madre* te oye como ella sabe oír; tú lloras un poquito, naturalmente: la *Madre* te consuela, te anima; le dices toda la verdad, todita, Lucila: quién es ese hombre, lo que ha hecho, la crueldad con que es perseguido... y para que no se te quede nada por

decir, le cuentas cómo le conociste; haces la pintura de... de... lo guapo que es, del amor que le tienes, y... Hija, como hagas esto, según yo te lo digo, ten á tu Tomín por salvado...”

Lucila estupefacta, suspensa, miraba á su amiga como si dudara de lo que oía. Los morros de Domiciana, al soltar la palabra, le hacían el efecto de una trompeta de son estridente, desgarrador.

VI

“¡Pero usted se burla, Domiciana!—le dijo al fin Lucila cuando el estupor dió paso á la expresión clara del pensamiento.—¿En serio me aconseja que le cuente esto á la *Madre* y le pida su protección?”

—Seramente te lo digo... y tan cierto tendrás su divina protección como éste es día. Yo la conozco bien. Por grande que sea la culpa de Tomín, si le pides á la *Madre* el indulto, lo tendrás... Tus planes de escapatoria son desatinados. Si no vas por el camino que te marco, tú y tu capitán estáis perdidos... Fuera de este camino, no veas más que la muerte... ¡y qué muerte, pobrecilla!

—¡Ay, Domiciana: de una amiga como usted, que me quiere de veras, no esperaba yo ese consejo!—exclamó Cigüela triste, dolorida.

—¿Dudas que la *Madre* pueda sacarte de

ese Purgatorio? El poder de la *Madre* es tal, que con escribir su voluntad en un papelito y mandarlo á donde guisan, hace y deshace los acontecimientos, así en lo grande como en lo chico. Y diciendo ella “esto quiero,, no valen para impedirlo todos los Narvéez del mundo con sus bufidos de mal genio, ni la caterva de monigotes viles que llaman Ministros, los cuales no son más que refrendadores de lo que manda... quien manda. Ya tú me entiendes. Como la *Madre* diga: “sobreséase la causa del Sr. Tomín, y désele encima jamón en dulce,, ya puede estar tranquilo tu amigo... Los que hoy le persiguen, le ayudarán á ponerse las botas para que se vaya á su casa, y luego, cuando le vean paseándose libre por la calle, le harán mil carantoñas.

—Creo en el poder de la *Madre*—dijo Lucila,—creo también que sirve pero no de balde. Si concede un favor á tal ó cuál persona, es á cambio de otro favor, ó de que la adoren como á los santos. Nadie me lo cuenta, Domiciana; lo he probado por mí misma. Cuando empezó este martirio mío, no sabiendo á quién volverme, fuí al Convento á pedir protección. La *Madre* no quiso recibirme. Sor Catalina, que siempre fué conmigo muy cariñosa, me dijo que si quería protección para mí, ó para persona que me interesara, debía pedirla de rodillas con todas las señales del arrepentimiento, renegando de mi libertad, dejándome encerrar y corregir con remuchísimo aquél de severidad... Buena cosa que-